

Taller de Expresión I
(cátedra Reale)
curso 2021

ARGUMENTACIÓN

cuaderno de trabajo preparado por
Analía Reale

Índice

El programa retórico.....	3
Invención.....	3
La situación de argumentación.....	3
Las premisas de la argumentación.....	6
Argumentos y tesis.....	16
La controversia: argumentos y contra-argumentos.....	16
La organización del discurso: la <i>dispositio</i>	26
La puesta en texto: la <i>elocutio</i>	27
Brevísimos glosarios de figuras retóricas.....	27
Cómo funciona la máquina retórica.....	32

El programa retórico

Argumentamos para defender nuestras creencias, nuestras ideas, nuestras opiniones, o para refutar las de otro. Argumentamos para convencer a un auditorio de la validez de nuestras posiciones. La argumentación se presenta, entonces, como un trabajo de justificación de elecciones éticas, sociales o políticas. Como tal, esta práctica cuenta con una tradición de veinticinco siglos que, codificada por la retórica, está vigente aún hoy.

Las consignas que integran este cuaderno de trabajo se plantean como pequeños ejercicios retóricos: reconocer los componentes de la situación argumentativa; distinguir tesis, argumentos y premisas; construir una refutación, elaborar un texto de opinión; argumentar utilizando la ironía y el sarcasmo; intervenir en una polémica.

Algunos de estos ejercicios apuntan a descubrir el andamiaje sobre el cual se sustenta toda argumentación, otros se detienen en aspectos relacionados con la estructuración del texto persuasivo, otros se centran en procedimientos como la ironía o la concesión. En suma, el trayecto que proponemos enfoca distintas cuestiones involucradas en el proceso de elaboración del texto argumentativo tal como fue diseñado por la retórica: desde la generación de ideas y la búsqueda de argumentos –operaciones características de la inventio– hasta la organización del discurso –la dispositio– y la puesta en texto –la elocutio– en la que se definen las decisiones que determinarán el estilo verbal del escrito.

Invención

La puesta en marcha del proceso retórico es tarea de la *inventio*. En esta etapa el escritor/orador debe ocuparse de dos tareas básicas: evaluar y caracterizar la situación de argumentación en la que va a desarrollarse su discurso y encontrar argumentos eficaces para lograr sus objetivos. De la definición adecuada de las condiciones en las que va a argumentar dependen todas las decisiones que modelarán el texto y, por supuesto, el éxito de la empresa persuasiva. Con una imagen clara de la situación, el escritor puede establecer las premisas sobre las que fundará su argumentación y lanzarse a la búsqueda de los argumentos que sostendrán su posición.

La situación de argumentación

Toda situación de argumentación presupone, como punto de partida, la existencia de un desacuerdo en torno de un objeto de discusión (que constituye el *problema* o *cuestión argumentativa*) y la voluntad de un enunciador de convencer al destinatario del discurso de que su tesis (la posición sostenida en el discurso) es digna de ser aceptada. El conjunto de estos factores (*problema, enunciador, destinatario* y *tesis*) diseña una escena argumentativa que es imprescindible evaluar con justeza para poder comprender y producir textos persuasivos adecuados y eficaces.

📖 Leer el texto siguiente y determinar cuál es el objeto de controversia, quiénes son los oponentes, a qué destinatario se dirige y qué argumentos emplea para convencer.

Clase muerta



Daniel Link

 [PÁGINA DE DANIEL LINK](#)

Entre los muchos daños que la pandemia ha producido entre nosotros, uno de los más graves afecta al pacto educativo, completamente distorsionado y librado a la buena voluntad de sus actores.

Es difícil sostener siquiera una parodia de educación universal e igualitaria cuando los contextos en los cuales el aprendizaje se desarrolla son tan desparejos.

Recién ahora, después de más de un mes de clases suspendidas, se están distribuyendo (y está bien que así sea) herramientas tecnológicas para que estudiantes de los niveles inicial y secundario puedan acceder a ciertos contenidos.

Hasta donde sé, los sindicatos docentes protestaron con vehemencia y con razón ante la conversión inmediata de la educación presencial en educación remota.

Examino el nivel que más conozco: universitario de grado y de posgrado. El miércoles previo a la Semana Santa se nos informó que debíamos comenzar las clases virtuales el lunes siguiente. Dedicamos ese fin de semana largo a reformular la secuencia pedagógica de textos que pensábamos dar a leer y a organizar algo parecido a una lógica de aprendizaje remoto.

De inmediato nos enfrentamos con varios escollos. La bibliografía digitalizada (que tanto escándalo ha suscitado últimamente entre personas incapaces de pensar la lectura más allá de la propiedad privada) debía alojarse en servidores que, muchas veces, no admitían el tamaño de los archivos. Tuvimos que duplicar las plataformas, con el consiguiente desgaste que eso significa para estudiantes y docentes. En segundo término, las reuniones sincrónicas no podían programarse porque los programas al uso (Zoom, por ejemplo) no aceptan más que un número limitado de participantes, inferior a nuestros inscriptos. Finalmente conseguimos cuentas prestadas para poder armar reuniones de ese tipo en otras plataformas.

Mientras tanto, los aprendizajes funcionaron (y seguirán funcionando) de manera asincrónica y a fuerza de esperanzas. ¿Qué se entiende de lo que mando escrito? ¿Qué se ha leído previo a la clase? Imposible saberlo. Luego, un dato no menor: la presunción de que cualquier docente de universidad (un cargo con dedicación exclusiva y toda la antigüedad posible equivale a una jubilación de un administrativo medio, y esos cargos son poquísimos) contamos con acceso a internet de alta velocidad y ambientes adecuados al streaming en nuestras casas es completamente falsa pero, sobre todo, injusta.

La mutación educativa compulsiva y generalizada parece reposar en el presupuesto de que promover un proceso complejo de aprendizaje (ligado con la lengua y la literatura, o la matemática y los estudios sociales) equivale a la mera distribución de contenidos. Pero si quisiéramos insistir (como lo hacemos) en la necesidad de examinar críticamente los materiales que constituyen nuestro objeto (letras, sonidos, colores, paisajes, números o normas), lo cierto es que es muy poco lo que podemos hacer remotamente.

Somos docentes porque no somos gestores culturales, ni apéndices inertes de las multinacionales de la edición ni promotores de figuras autorales.

En un texto sobre estos asuntos publicado muy tempranamente (el 12 de marzo), la profesora Anna Kornbluth señaló el riesgo fundamental del desafío al que nos mandan responder: “Las doctrinas de shock hacen de la emergencia una nueva normalidad: convierten los esfuerzos temporales en expectativas permanentes”.

Nadie en su sano juicio puede negar las ventajas que la educación a distancia puede tener (yo he dictado cursos de posgrado para alumnos mexicanos desde la comodidad de mi escritorio en ese formato) pero en modo alguno se puede aceptar esa conversión masiva sin una discusión profunda sobre el alcance de la mutación a la que nos enfrentamos solo porque no nos queda más remedio y transitoriamente.

¿En nombre de qué resignar la posibilidad de construir espacios comunes de lectura, y en nombre de qué aceptar la supresión de la dimensión dialógica de los procesos de aprendizaje (quien sostenga que puede haber diálogo mediado por un dispositivo tecnológico o está loco o tiene mala fe)?

Seguimos adelante porque amamos la clase. Pero la queremos viva.

Publicado en www.perfil.com

URL: <https://www.perfil.com/noticias/columnistas/clase-muerta.phtml?rd=1>

Consultado en línea 19/9/2020

Las premisas de la argumentación

Para tener éxito en su propósito, el orador debe partir de tesis ya aceptadas por su auditorio sobre las cuales podrá edificar nuevos acuerdos. Estas bases de acuerdo constituyen las premisas sobre las que se funda la argumentación. Las premisas son opiniones, creencias, juicios y valores que se presuponen compartidas con el destinatario del discurso y que, por lo tanto, no están sujetas a discusión.

Estos acuerdos básicos varían en función de los destinatarios a los que buscan convencer. Si el discurso se dirige a un auditorio no especializado, el enunciador apelará al sentido común y a principios y valores muy generales (los lugares comunes). El recurso a valores universales como el bien, la verdad, la justicia, la razón y la libertad, por citar algunos ejemplos, no son rechazados por ningún auditorio pero su definición es tan vaga e imprecisa que las consecuencias que pueden extraerse de ellas variarán con el significado que cada individuo les asigne. Por eso, un acuerdo sobre valores comunes debe ir acompañado de un esfuerzo por interpretarlos y definirlos para que el orador pueda adaptar ese acuerdo a sus fines.

Si el discurso se dirige a un grupo especializado –como sucede con la argumentación en el marco del discurso académico, por ejemplo– las bases del acuerdo serán más específicas. En efecto, cada disciplina define no sólo sus objetos de estudio sino también los acuerdos y argumentos sobre los que fundamenta la racionalidad que le es propia.

 **Analizar los textos que siguen. Identificar y comparar las premisas sobre las que se sostienen los acuerdos con sus destinatarios en cada uno de los artículos e indicar si estas premisas aparecen en forma explícita o no.**

La polémica sobre la ortografía española

Botella al mar para el dios de las palabras*

por Gabriel García Márquez

A mis doce años de edad estuve a punto de ser atropellado por una bicicleta. Un señor cura que pasaba me salvó con un grito: ¡Cuidado! El ciclista cayó a tierra. El señor cura, sin detenerse, me dijo: ¿Ya vio lo que es el poder de la palabra? Ese día lo supe. Ahora sabemos, además, que los mayas lo sabían desde los tiempos de Cristo, y con tanto rigor, que tenían un dios especial para las palabras.

Nunca como hoy ha sido tan grande ese poder. La humanidad entrará en el tercer milenio bajo el imperio de las palabras. No es cierto que la imagen esté desplazándolas ni que pueda extinguirlas. Al contrario, está potenciándolas: nunca hubo en el mundo tantas palabras con tanto alcance, autoridad y albedrío como en la inmensa Babel de la vida actual. Palabras inventadas, maltratadas o sacralizadas por la prensa, por los libros desechables, por los carteles de publicidad; habladas y cantadas por la radio, la televisión, el cine, el teléfono, los altavoces públicos; gritadas a brocha gorda en las paredes de la calle o susurradas al oído en las penumbras del amor.

No: el gran derrotado es el silencio. Las cosas tienen ahora tantos nombres en tantas lenguas que ya no es fácil saber cómo se llaman en ninguna. Los idiomas se dispersan sueltos de madrina, se mezclan y confunden, disparados hacia el destino ineluctable de un lenguaje global.

La lengua española tiene que prepararse para un ciclo grande en ese porvenir sin fronteras. Es un derecho histórico. No por su prepotencia económica, como otras lenguas hasta hoy, sino por su vitalidad, su dinámica creativa, su vasta experiencia cultural, su rapidez y su fuerza de expansión, en un ámbito propio de diecinueve millones de kilómetros cuadrados y cuatrocientos millones de hablantes al terminar este siglo. Con razón un maestro de letras hispánicas en los Estados Unidos ha dicho que sus horas de clase se le van en servir de intérprete entre latinoamericanos de distintos países. Llama la atención que el verbo *pasar* tenga cincuenta y cuatro significados, mientras en la república del Ecuador tienen ciento cinco nombres para el órgano sexual masculino, y en cambio la palabra condoliente, que se explica por sí sola, y que tanta falta nos hace, aún no se ha inventado. A un joven periodista francés lo deslumbran los hallazgos poéticos que encuentra a cada paso en nuestra vida doméstica. Que un niño desvelado por el balido intermitente y triste de un cordero, dijo: «Parece un faro». Que una vivandera de la Guajira colombiana rechazó un cocimiento de toronjil porque le supo a Viernes Santo. Que Don Sebastián de Covarrubias, en su diccionario memorable, nos dejó escrito de su puño y letra que el amarillo es el color de los enamorados. ¿Cuántas veces no hemos probado nosotros mismos un café que sabe a ventana, un pan que sabe a rincón, una cereza que sabe a beso?

Son pruebas al canto de la inteligencia de una lengua que desde hace tiempos no cabe en su pellejo. Pero nuestra contribución no debería ser la de meterla en cintura, sino al contrario, liberarla de sus fierros normativos para que entre en el siglo veintiuno como Pedro por su casa.

En ese sentido, me atrevería a sugerir ante esta sabia audiencia que simplifiquemos la gramática antes de que la gramática termine por simplificarnos a nosotros. Humanicemos sus leyes, aprendamos de las lenguas indígenas a las que tanto debemos lo mucho que tienen todavía para enseñarnos y enriquecernos, asimilemos pronto y bien los neologismos técnicos y científicos antes de que se nos infiltren sin digerir, negociemos de buen corazón con los gerundios bárbaros, los que endémicos, el dequeísmo parasitario, y devolvamos al subjuntivo presente el esplendor de sus esdrújulas: *váyamos* en vez de *vayamos*, *cántemos* en vez de *cantemos*, o el armonioso *muéramos* en vez del siniestro *muramos*. Jubilemos la ortografía, terror del ser humano desde la cuna: enterremos las haches rupestres, firmemos un tratado de límites entre la *ge* y *jota*, y pongamos más uso de razón en los acentos escritos, que al fin y al cabo nadie ha de leer *lagrima* donde diga *lágrima* ni confundirá *revolver* con *revólver*. ¿Y qué de nuestra *be* de burro y nuestra *ve* de vaca, que los abuelos españoles nos trajeron como si fueran dos y siempre sobra una?

Son preguntas al azar, por supuesto, como botellas arrojadas a la mar con la esperanza de que le lleguen al dios de las palabras. A no ser que por estas osadías y desatinos, tanto él como todos nosotros terminemos por lamentar, con razón y derecho, que no me hubiera atropellado a tiempo aquella bicicleta providencial de mis doce años.

*Discurso pronunciado por Gabriel García Márquez en la apertura del Primer Congreso Internacional de la Lengua Española que tuvo lugar en Zacatecas, México, en 1997. Reproducido por el diario *La Jornada*, México DF, 8 de abril de 1997.

¿Eskrivir komo se abla?

Lourdes Penella

El español ha librado numerosas batallas en distintas líneas de fuego. De los rótulos escritos exclusivamente con mayúsculas a Internet, el camino de nuestro idioma no ha sido fácil. Su riqueza, sin embargo, parece estar hoy nuevamente amenazada, y por extraño que parezca, en el frente universitario.

El adecuado empleo de la lengua española, entre otras habilidades, expresa hoy la estatura profesional de un graduado. Pero las universidades se enfrentan a un enorme problema: el vacío creado en la enseñanza del español desde hace más de 50 años en las primarias nacionales.

Aunque de manera tardía e incompleta, el problema se ha empezado a subsanar. Incluso, en algunas instituciones los resultados han sido halagüeños. Sin embargo, un maestro universitario que enseña a dividir en sílabas una palabra, se enfrenta a una fuerte resistencia por parte de sus alumnos. «¿Cómo yo, ingeniero de tercer semestre, filósofo de primero, o contador en ciernes, voy a ponerme a dividir en sílabas?», exclaman. «¿A mi edad? ¿Y para qué me va a servir? ¿Cómo es posible que mi carrera me mande tres horas a la semana a conjugar verbos, a distinguir las ideas principales de un texto o a colocar diéresis sobre la u? ¿Qué se cree esta profesora, que me puso un 7, según ella porque "no están justificados mis argumentos en el ensayo del examen final"?».

De modo que un curso universitario de redacción no se inicia con el primer tema, sino con una abierta hostilidad, pues los estudiantes no le encuentran utilidad para su vida profesional. «Pero en mi carrera sólo necesito matemáticas e inglés, los dos idiomas universales...». Y al decirles que en algún momento tendrán que escribir una tesis en correcto español, la respuesta es: «Pues entonces ya me preocuparé» o «Para eso están los correctores. *Profe*, yo sé lo que le digo: hágale caso a García Márquez».

¿LA ORTOGRAFÍA NO ES RAZONABLE?

En efecto, Gabriel García Márquez propuso durante el primer Congreso Internacional de la Lengua Española, celebrado en Zacatecas hace cinco años, la supresión de los acentos, un indistinto uso para la Z y la C y para la G y la J, la desaparición de la V y de la H y el exterminio de la Q.

Santiago de Mora, presidente del Instituto Cervantes, destacaba cómo, curiosamente, el escritor colombiano criticó a la gramática con un discurso gramaticalmente perfecto. «Hizo —dijo— un discurso lírico muy poco comparable con una propuesta práctica, y lo hizo desde la imaginación y la libertad de un novelista» [1].

De hecho, García Márquez no hizo sino recoger una propuesta en la que diversos especialistas llevan años investigando: la de simplificar la ortografía española. Uno de ellos, Raúl Ávila [2] declaró abruptamente en el Congreso que «la ortografía académica no es razonable». Y agregó: «Cuando una ley puede ser infringida involuntariamente por alguien que puso todo su empeño en cumplirla, la culpa no es del infractor, sino de la ley». Opinión de la que no participan muchos profesores; en especial dudan de que los alumnos «ponen todo su empeño en cumplirla...».

Raúl Ávila ha dedicado su vida a trabajar con escolares mexicanos de todo el país, y sus estudios le han permitido conocer las dificultades de los niños para aprender las normas ortográficas: las haches puestas al azar, las confusiones entre B y V, los problemas con la S, C y Z y las mezclas de la LL y la Y. [3]. En efecto, en México los escollos están fundamentalmente en aquellos grupos de letras que suenan igual, pero se escriben diferente. El objetivo central es, pues, fonologizar la escritura, es decir, atribuir una sola letra a cada sonido. Ávila ha propuesto, de hecho, un «alfabeto internacional hispánico». Éste quedaría integrado por sólo 25 letras excluyendo a la C, la H, la Q, la W y la X. Aceptar esta oferta representaría un grave empobrecimiento del idioma.

Sin embargo, si consideramos que a partir del año 2000, 90% de los hispanohablantes somos latinoamericanos, la propuesta cobra interés.

Inmediatamente después de la oferta del colombiano, los argumentos en contra brotaron como hongos. El principal sostiene que adaptar la ortografía a las distintas pronunciaciones locales, acabaría dificultando la comunicación escrita entre los hispanohablantes. Además, si un idioma hablado en 20 países se empieza a modificar, se va a adaptar de manera distinta en cada país. Unos dirán que no quieren la H, pero sí la V, otros dirán que quieren mantener la G y la J, pero no la Q, y así sucesivamente.

Este planteamiento tiene la aparente ventaja de que los niños aprenderían con mayor rapidez, pero luego no sabrían leer los millones de libros que ya están editados con las letras actuales.

Octavio Paz, ausente de Zacatecas por su ya delicado estado de salud, explicó en el diario *Reforma*: «Sería como si quisiéramos imponer la fonética del siglo XIX al habla del siglo XX. El habla evoluciona sola, no se tiene por qué proclamar ni declarar la libertad de la palabra, ni tampoco su servidumbre. Muchas de las expresiones que García Márquez propuso para sustituir las conjugaciones actuales, son arcaicas. Tampoco estoy de acuerdo con la supresión de la hache. Si queremos saber adónde vamos, hay que saber de dónde venimos» [4] [...]

¡AH, Y LAS ETIMOLOGÍAS!

Este es otro de los argumentos esgrimidos por los enemigos de andar tocando el alfabeto. «No se hicieron por capricho las reglas ortográficas, tienen una razón de ser. Las palabras tienen un sentido etimológico», decía otro Nobel, el gallego Camilo José Cela. «Cuando yo era catedrático, a los alumnos que tenían una sola falta de ortografía los suspendía. En eso hay que ser inexorables...». [8]

Raúl Ávila contraataca, esta vez con una frase de Andrés Bello: «Conservar letras inútiles por amor a las etimologías me parece lo mismo que conservar escombros en un edificio nuevo para que nos hagan recordar el antiguo». [9]

Es lo que ocurre al filólogo español José Antonio Millán [10] con la hache: «higuera, hierro, almohada, alhelí... qué quieres que te diga, yo les tengo cariño con hache... Es como unos zapatos viejos que no valen para nada, pero que no te animas a tirarlos porque te recuerdan por dónde has caminado con ellos».

El congreso de la lengua de Zacatecas se abrió con la propuesta de un Nobel de Literatura para jubilar la ortografía. Y concluyó con la voz de Fernando Pessoa, que trajo a colación Martín Mayorga cuando afirmó: «Decía Pessoa que la ortografía también es gente. Y García Márquez, como algunas empresas, quiere jubilar a la gente antes de tiempo». [11]

Urge que en las universidades se siga enseñando redacción y ortografía de acuerdo con la grandeza del idioma, porque es éste el único vehículo por el que se conoce el valor de cada persona. Si no se escribe claro y se habla bien, es imposible conocer el pensamiento del hombre.

Notas

- [1] *El País*. «Congreso de la lengua castellana: la polémica de la ortografía». Sección La Cultura, p. 28. Madrid, 13 abril de 1997.
- [2] Raúl Ávila es lingüista mexicano. Profesor e investigador del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México. Coordinador de la Comisión de Difusión Internacional del Español por radio, televisión y prensa.
- [3] Véase Raúl Ávila. «Hacia un diccionario internacional hispánico», en *Nueva Revista de Filología Hispánica*. 1998.
- [4] *Reforma*. «La academia mexicana: limpia, fija y da esplendor». Sección D, p. 1. México D.F., 2 de abril de 1994.
- [8] «Transgresiones gráficas», en *El cajetín de las lenguas*. www.ucm.es/info/especulo/cajetin/tr_grafi.html
- [9] Véase Raúl Ávila. «Lengua hablada y estrato social: un acercamiento lexicostatístico», en *Nueva Revista de Filología Hispánica*. Tomo 36. México, 1988. pp. 144-146. Y sus artículos: «La lengua española en América cinco siglos después», en *Estudios Sociológicos*. El Colegio de México. 1992. p. 690, y «La lengua española en el quinto 92 y el primer 98», en *Actas del IV Congreso Internacional de «El español de América»*. Del 7 al 11 de diciembre de 1992. Tomo 1. Santiago de Chile, Universidad Católica de Chile, 1995. p. 496. El planteamiento de una norma lingüística hispánica también ha sido hecho por J. M. Lope Blanch en su artículo «El español de América y la norma lingüística hispánica», en su libro *Nuevos estudios de lingüística hispánica*. UNAM. México, 1993. pp. 127-136.
- [10] Filólogo español. Autor del prólogo al *Glosario básico inglés-español para usuarios de internet*, de Rafael Fernández Calvo. www.comfia.net/documento/estudio/ajenos/glosario.htm#intro
- [11] Daniel Martín Mayorga. «El idioma español y la sociedad de la información», en *Centro Virtual Cervantes: Congreso de Zacatecas*. www.cvc.cervantes.es/obref/congresos/zacatecas/tecnologias/ponencias/dmayorga.htm

publicado en revista electrónica Istmoenlinea.com.mx,
año 45, nº 264, febrero 2003 (texto adaptado).

JAVIER MARÍAS LA ZONA FANTASMA

Discusiones ortográficas I

JAVIER MARÍAS 30/01/2011

No sé si una de las funciones, pero desde luego uno de los *efectos* y grandes ventajas de la ortografía española era, hasta ahora, que un lector, al ver escrita cualquier palabra que desconociera (si era un estudiante extranjero se daba el caso con frecuencia), sabía al instante cómo le tocaba decirla o pronunciarla, a diferencia de lo que ocurre en nuestra hermana la lengua italiana. Si en ella leemos “*dimenticano*” (“olvidan”), nada nos indica si se trata de un vocablo llano o esdrújulo, y lo cierto es que no es lo uno ni lo otro, sino sobresdrújulo, y se dice “*diménticano*”. Lo mismo sucede con “*dimenticarebbero*” (“olvidarían”), “*precipitano*”, “*auguro*” y tantos otros que uno precisa haber oído para enterarse de que llevan el acento donde lo llevan: “*dimenticarébbbero*”, “*prechípitano*”, “*áuguro*”. Del francés ni hablemos: es imposible adivinar que lo que uno lee como “*oiseaux*” (“pájaros”) se ha de escuchar más o menos como “*uasó*”. El inglés ya es caótico en este aspecto: ¿cómo imaginar que “*break*” se pronuncia “*breic*”, pero “*bleak*” es “*blic*”, y que “*brake*” es también “*breic*”? ¿O que la población que vemos en el mapa como “*Cholmondeley*” se corresponde en el habla con “*Chomly*”, por añadir un ejemplo caprichoso y extravagante, y hay centenares?

Este considerable obstáculo era inexistente en español –con muy leves excepciones– hasta la aparición de la última *Ortografía* de la Real Academia Española, con algunas de sus nuevas normas. Vaya por delante que se trata de una institución a la que no sólo pertenezco desde hace pocos años, sino a la que respeto enormemente y tengo agradecimiento. El trabajo llevado a cabo en esta *Ortografía* es serio y responsable y admirable en muchos sentidos, como no podía por menos de ser, pero algunas de sus decisiones me parecen discutibles o arbitrarias, o un retroceso respecto a la claridad de nuestra lengua. Tal vez esté mal que un miembro de la RAE objete públicamente a una obra que lleva su sello, pero como considero el corporativismo un gran mal demasiado extendido, creo que no debo abstenerme. Mil perdones.

Lo cierto es que, con las nuevas normas, hay palabras escritas que dejan dudas sobre su correspondiente dicción o –aún peor– intentan obligar al hablante a decirlas de determinada manera, para adecuarse a la ortografía, cuando ha de ser ésta, si acaso, la que deba adecuarse al habla. Si la RAE juzga una falta, a partir de ahora, escribir “*guión*”, está forzándome a decir esa palabra como digo la segunda sílaba de “*acción*” o de “*noción*”, y no conozco a nadie, ni español ni americano (hablo, claro está, de mi muy limitada experiencia personal), que diga “*guion*”. Tampoco que pronuncie “*truhán*” como “*Juan*”, que es lo que pretende la RAE al prohibir la tilde y aceptar sólo “*truhan*”. De ser en verdad consecuente, esta institución tendría que quitarle también a ese vocablo la *h* intercalada (¿qué pinta ahí si, según ella, se dice “*truan*” y es un monosílabo?), lo mismo que a “*ahumado*”, “*ahuyentar*” y tantos otros. O, ya puestos, y siguiendo al italiano y a García Márquez en desafortunada ocasión, ¿por qué no suprimir todas las haches de nuestra lengua? Los italianos escriben “*ipotesi*”, “*orrore*”, “*eresia*” y “*abitare*”, el equivalente a “*ipótesis*”, “*orror*”, “*erejía*” y “*abitar*”. Y dado que la Academia parece inclinada a facilitarles las cosas a los perezosos e ignorantes suprimiendo tildes, no veo por qué no habría de eliminar también las haches. (Dios lo prohíba, con su hache y su tilde.)

En cuanto a “guié” o “crié”, si se me vetan las tildes y se me impone “guie” y “crie”, se me está indicando que esas palabras las debo decir como digo “pie”, y no es mi caso, y me temo que tampoco el de ustedes. Hagan la prueba, por favor. Tampoco digo “guió” y “crió” como digo “vio” o “dio”, a lo que se me induce si la única manera correcta de escribirlas es ahora “guio” y “crio” (en la *Ortografía* de 1999 poner o no esas tildes era optativo, y no alcanzo a ver la necesidad de privar de esa libertad). En cuanto a “riáis” o “fiáis”, si yo leo “riais” y “fiais”, como ordena la RAE, me arriesgo a creer que he de pronunciar esas formas verbales igual que la segunda sílaba de “ibais”, lo cual, francamente, no es así. Y si leo “hui” en vez de “huí”, nada me advierte que no deba decir esa palabra exactamente igual que la interjección “huy” (tan frecuente en el fútbol) o que “si” en francés, es decir, “oui”, es decir, “ui”. Si un número muy elevado de hablantes percibe todos estos vocablos como bisilábicos con hiato, y no como monosilábicos con diptongo, ¿a santo de qué impedirles la opcionalidad en la escritura? La RAE parece tenerle pánico a la posibilidad de elegir en cuestión de tildes (que es algo menor y que no afecta a la sacrosanta “unidad de la lengua”). Pero es que además es incongruente en eso, porque sí permite dicha opcionalidad en “periodo” y “período”, “policíaco” y “policiáco”, “austriaco” y “austríaco” (yo siempre las escribo sin tilde), lo mismo que en “alvéolo” y “alveolo”, “evacúa” y “evacua” y otras más. ¿Por qué no permitir que cada hablante opte por “truhán” o “truhan”, como aún puede hacerlo (por suerte) entre “solo” y “sólo”, “este” y “éste”, “aquel” y “aquél”? La posibilidad de seguirles poniendo tildes a estas palabras no es para mí irrelevante. ¿Cómo saber, si no, lo que se está diciendo en la frase “Estaré solo mañana”? Si se la escribe en un *mail* un hombre a su amante, la diferencia no es baladí: sin tilde significa que estará sin su mujer; con tilde que mañana será el único día en que estará en la ciudad. No es poca cosa, la verdad. Por menos ha habido homicidios.

EL PAÍS.COM

JAVIER MARÍAS LA ZONA FANTASMA

Discusiones ortográficas II

JAVIER MARÍAS 06/02/2011

Además de las expuestas el pasado domingo, hay algunas objeciones que quisiera hacer a las nuevas normas de la reciente *Ortografía* de la Real Academia Española y de las otras veintiuna, sobre todo americanas, que la han acordado por unanimidad.

a) *Mayúsculas y minúsculas*. En realidad no entiendo por qué tal cosa ha de ser regulada, ya que, a mi parecer, pertenece al ámbito estilístico personal de cada hablante –o, mejor dicho, de cada escribiente–. Habrá ateos que escriban siempre “dios” deliberadamente, y todo creyente optará por “Dios”, por poner un ejemplo extremo. Según la RAE, supongo, habría que escribirlo en toda ocasión con minúscula, ya que ha decidido que todos los nombres que sean comunes (“rey”, “papa”, “golfo”, “islas”, etc.) han de ir así obligatoriamente aunque formen parte de lo que para muchos hablantes funciona como nombre propio. Así, “islas Malvinas”, “papa Benedicto”, “mar Mediterráneo” o “rey Juan Carlos”. E, igualmente, al referirse a un rey concreto, omitiéndole el nombre, habría que escribir “el rey” y nunca “el Rey”. Yo no pienso seguir esta norma, porque considero que algunos títulos y nombres geográficos funcionan como nombres propios y

topónimos, o son sustitutivos de ellos. Cuando en España decimos “el Rey” –y dado que sólo hay uno en cada momento–, utilizamos esa expresión como equivalente de “Juan Carlos I”, algo a lo que casi nadie recurre nunca. De la misma manera, “Islas Malvinas” funciona como un nombre propio en sí mismo, equivalente a “República Democrática Alemana”, que era el oficial del territorio también conocido como Alemania Oriental o del Este. Según las últimas normas, deduzco que nos tocaría escribir “la república democrática alemana”, con lo cual no sabríamos bien si se habla de un país o de qué. Si yo leo “el golfo de México”, ignoro si se trata de una porción de mar o de un golferas mexicano –tal vez del golferas por antonomasia, ¿acaso Cantinflas?–. Y si leo “príncipe de Gales”, dudo si se me habla del tejido así llamado o del heredero a la corona británica.

b) *Zeta*. La RAE ha decidido que el nombre de esa letra se escriba sólo con *c*, porque con ésta se representa ese sonido –en parte de España– antes de *e* y de *i*. Siempre me pareció tan adecuado que el nombre de cada letra incluyera la letra misma que durante largo tiempo creí que la *x* se escribía “equix”, aunque todos digamos “equis” y así se escriba de hecho. Pero es que además el reciente *Diccionario panhispánico de dudas*, de la misma RAE, valida grafías como “zebra” (aunque la juzga en desuso), “zinc” o “eczema”. Y, desde luego, no creo que se oponga a que sigamos escribiendo “Ezequiel” y “Zebulón”. No veo, así pues, por qué “zeta” pasa a ser ahora una falta. No está mal que haya algunas excepciones o extravagancias ortográficas en las lenguas, y en español son tan pocas que no veo necesidad de suprimirlas.

c) *Qatar*. La RAE decide que este país y sus derivados –“qatarí”– se escriban con *c*. El origen de esa peculiar grafía –aceptada en casi todas las lenguas– está, al parecer, en la recomendación de arabistas, que distinguen dos clases diferentes de fonema /k/ en árabe. Por eso, arguyen, se escribe “Kuwait” y se escribe “Qatar”, pese a que nosotros percibamos el fonema en cuestión de una sola manera. La representación gráfica de las palabras –eso lo sabe cualquier poeta– tiene un poder evocativo y sugestivo que las nuevas normas desdeñan. Si yo leo “Qatar”, en seguida se me sugiere un lugar exótico y lejano. Si leo “Catar”, en cambio, lo primero que me viene a la imaginación es una cata de vinos. Pero es que además, para ser consecuente, la RAE tendría que condenar la ortografía “Al Qaeda” y proponer “Al Caeda” o quizá “Al Caida” o quién sabe si “Al Caída”. Los internautas iban a tener graves problemas para encontrar información sobre esa organización terrorista, desconocida en el resto del mundo, y de la que lamentablemente hoy se habla a diario.

d) *Ex*. Decide la RAE que no se separe ese prefijo del vocablo que lo acompañe, y que se escriba “exmarido”, etc. Sin embargo, y dado que en español hay numerosas palabras largas que empiezan por “ex” sin que esa combinación sea un prefijo, un estudiante primerizo de nuestro idioma puede verse en dificultades para saber si “exayuntamiento” es un vocablo en sí mismo o si “exacerbación” o “excreción” se componen de dicho prefijo y de las inexistentes “acerbación” y “ecración”.

e) *Adaptaciones*. Las grafías “mánayer” o “pirsin”, que la RAE propone, son tan irreconocibles como lo fue “güisqui” en su día (fea y además mal transcrita, como si escribiéramos “güevos”). En cuanto a “sexí”, es directamente una horterada, siento decirlo.

En la Academia hay quienes consideran que discutir y objetar a estas cosas es perderse en minucias. Puede ser. Pero habrá de concedérseme que también lo es, entonces, dictaminar sobre ellas y aplicarles nuevas normas. Si la *Ortografía* se ha molestado en mirarlas, no veo por qué no debamos hacerlo quienes estamos en desacuerdo con sus modificaciones. Termino reiterando lo que ya dije hace una semana: mis modestas objeciones no me impiden reconocer el gran trabajo que, en su conjunto, supone la nueva *Ortografía*, obra admirable en muchos sentidos. Habría sido redonda si no hubiera querido enmendar lo que quizá ya estaba bien, desde su versión de 1999. Porque para mí nuestra lengua es ahora un poco menos elegante y menos clara.

EL PAÍS.com

JAVIER MARÍAS LA ZONA FANTASMA

Dos postdatas

JAVIER MARÍAS 06/03/2011

Postdata ortográfica. Hace unas semanas expuse aquí mis objeciones a las nuevas normas de la *Ortografía* de la Real Academia Española, y señalé algún inconveniente de la obligatoriedad de escribir el prefijo "ex" adosado a cada palabra: así, "exapóstata" o "exahorcado", que, como muchas otras, dan pie a vocablos confusos y poco reconocibles, al menos al primer golpe de vista. La base para esta caprichosa regla es el deseo de "homologar" todos los prefijos. Y, puesto que escribimos "anticomunista", "proamericano" y "metaliterario", juntemos también "ex" con cualquier término al que decidamos aplicarle la condición de "ya no". Pero no todos los prefijos se prestan al mismo juego, y nuestros ortógrafos no parecen haberse dado cuenta de que, con tal medida, han optado por formar una combinación o grupo de letras inexistente en español y que además es redundante, impronunciable e incorrecto. Ocurre cada vez que "ex" precede, sin guión ni espacio, a un vocablo que empieza por s: "exsacerdote", "exsuegro" o "exsoldado". A mi modo de ver, ese grupo constituye un disparate ortográfico, porque la s jamás puede seguir a la x y esa secuencia es una falta. La letra x engloba dos sonidos en nuestra lengua: *k+s*. Quien bien pronuncia dice "eksakto" cuando lee "exacto", o "ekskisito" cuando lee "exquisito". Así, la manera adecuada de escribir "exsacerdote" o "exsuegro" sería "exacerdote" y "exuegro" -como no se escribe "exsudar", sino "exudar"-, pero en este caso nos encontraríamos con unas palabras aún más irreconocibles. Por último, la única forma de pronunciar cabalmente lo que la RAE pretende que escribamos ("exsacerdote" y "exsantidad", junto con varios centenares de absurdos) sería haciendo una pausa entre el prefijo y el nombre, es decir, no como si se tratara de una sola palabra, sino de dos: "ex" y "sacerdote", justamente lo que nuestra admirable institución acaba de borrar de un plumazo. Para este viaje no hacían falta tantas alforjas. Claro que aún hay algún caso más chistoso. ¿Qué me dicen de "exxenófobo", en el colmo de la impronunciabilidad y la redundancia?

Postdata sintáctica. Asombra cómo cada vez más se concede importancia a lo que no la tiene y se resta a lo que sí. Por supuesto, el párrafo anterior no la tiene, pero el defecto está en origen: si carece de importancia dictaminar sobre cómo debemos escribir "ex" a partir de ahora -no veo qué falta hacía-, mal puede tenerla objetar al dictamen. Recorro a la vieja alegación infantil: "Yo no he empezado". Pero a otra cosa: de las numerosas mentiras que salpican nuestra vida pública, no son las del valenciano Camps ni las de ningún corrupto o desfachatado las que han suscitado mayor indignación, sino la *supuesta* que el Profesor Rico deslizó en su post-scriptum a un artículo de este diario. Ya recuerdan: "En mi vida he fumado un solo cigarrillo". Como el infantilismo nos atenaza, los inquisidores bucearon en Internet y allí encontraron, con gran satisfacción e índices extendidos, toda clase de pruebas gráficas de que Rico no sólo había mentido, sino que había faltado a la verdad, que para algunos es más grave y solemne. La Defensora del Lector lo llamó a capítulo, lo amonestó, le dio con la regla y lo puso cara a la pared, con argumentos -para mí, lo siento- bastante cómicos, aunque no tanto como los de algunos no fumadores airados; bueno, esto último es ya una redundancia en España, donde todo lo que encoleriza el humo, no molestan lo más mínimo los venenos de los coches -que padecemos sobre todo los que sólo somos peatones- ni el ruido en aumento, que esos mismos no fumadores, con su prohibición adorada, han agravado hasta límites insoportables, al enviar a la calle a unos catorce millones de apestados, ya verán cuando llegue el buen tiempo.

El caso del Profesor ha dado varias vueltas más, y se ha convertido en objeto de doctas y enconadas polémicas: ¿es ético inventar algún dato o detalle cuando se escribe en prensa? ¿Es lícito mezclar realidad y ficción? A ver qué gracia le hace a usted que le atribuya en mi columna una felonía sin que se sepa dónde empieza lo verdadero y dónde lo fantaseado. ¿A que no gusta? Pues ahora lo denuncio, por calumniador. Atrévase, en sus propios argumentos tengo mi defensa, etc. Lo cierto es que Rico ha seguido sorteando, con buen criterio y elegancia, a cuantos se le han cruzado, incluidos varios redactores, la Defensora con su palmeta y un señor ya tallado que hace unas semanas paseaba parsimonioso ante la puerta de la Academia con una pancarta amarilla en alto, que rezaba: "La lengua, para ser veraz, fuera Rico, fumador falaz". Todo un logro, no de otro modo pienso llamar al Profesor a partir de ahora. Rico se avino a darle algunas desgastadas explicaciones a la Defensora, y prefirió llevarse una regañina antes que aducir lo que quizá lo habría exonerado, y descubrirse. No parece que otros, pero desde que yo leí su infame post-scriptum, sabedor de que me bate a cigarrillos, lo entendí no como una mentira, sino como una agudeza sintáctica. "En mi vida he fumado un solo cigarrillo" (el orden es fundamental) significa para mí eso literalmente: "Uno solo, jamás. En la vida. Siempre han sido varios". O bien: "Siempre ha sido el mismo, uno solo. Es decir, han sido *uncontinuum*". Si uno aplica la sintaxis escrupulosamente -que vengan un abogado y un gramático y lo vean-, cuantos han llamado embustero a Rico lo han difamado. Tal vez sea él, a la postre, quien haya de denunciarlos.

Argumentos y tesis

En una argumentación, las **tesis** –es decir, las posiciones que son defendidas en el discurso– se distinguen de los **argumentos** –los datos que se ofrecen para sostener la tesis– por medio de los conectores lógicos que se emplean para introducir unas y otros. Por ejemplo, en el enunciado siguiente:

"La pena de muerte es injusta porque comete el mismo crimen que pretende castigar"

el segmento del enunciado introducido por "porque" señala el argumento que sostiene la tesis "la pena de muerte es injusta". En efecto, conectores como "porque", "puesto que", "dado que" son empleados para introducir argumentos, mientras que "por lo tanto", "por consiguiente", "en consecuencia", "entonces" presentan tesis o conclusiones.



La lista que se presenta a continuación reúne una serie de proposiciones que pueden ser empleadas como tesis o bien como argumentos. Relacionarlas armando secuencias conectadas por el nexo que corresponda.

- Las instituciones universitarias se han beneficiado con la virtualización impuesta por la pandemia.
- Es peligroso participar en reuniones sociales.
- Los docentes han debido asumir el costo económico y operativo de la continuidad de los cursos.
- Es necesario establecer protocolos para garantizar el distanciamiento físico.
- Las universidades multiplicaron la matrícula para sus cursos de grado y posgrado sin que eso implique mayores inversiones en infraestructura o salarios.
- La virtualización de la educación tendrá beneficiarios y excluidos.
- Los seres humanos nos necesitamos los unos a los otros para sobrevivir.
- El distanciamiento social reduce el riesgo de contagio.
- Quienes no disponen de equipos informáticos ni conectividad no pueden continuar educándose en el sistema público.

La controversia: argumentos y contra-argumentos

Los enunciados siguientes fueron tomados de un artículo periodístico titulado "Nueve definiciones sobre la pandemia de Byung-Chul Han" que apareció en varios medios locales e internacionales (puede consultarse una de estas publicaciones en <https://www.infobae.com/america/mundo/2020/05/17/9-definiciones-sobre-la-pandemia-de-byung-chul-han-el-filosofo-surcoreano-que-seduca-al-mundo/>). Leer atentamente el listado para resolver las consignas de escritura que se plantean a continuación.

Nueve definiciones de Byung-Chul Han sobre la pandemia:

1. “El coronavirus está mostrando que la vulnerabilidad o mortalidad humanas no son democráticas, sino que dependen del estatus social. La muerte no es democrática. La Covid-19 no ha cambiado nada al respecto. La muerte nunca ha sido democrática. La pandemia, en particular, pone de relieve los problemas sociales, los fallos y las diferencias de cada sociedad. Con la Covid-19 enferman y mueren los trabajadores pobres de origen inmigrante en las zonas periféricas de las grandes ciudades. Tienen que trabajar. El teletrabajo no se lo pueden permitir los cuidadores, los trabajadores de las fábricas, los que limpian, las vendedoras o los que recogen la basura. Los ricos, por su parte, se mudan a sus casas en el campo.
2. “La pandemia no es solo un problema médico, sino social. Una razón por la que no han muerto tantas personas en Alemania es porque no hay problemas sociales tan graves como en otros países europeos y Estados Unidos. Además el sistema sanitario es mucho mejor en Alemania que en los Estados Unidos, Francia, Inglaterra o Italia”.
3. “El segundo problema es que la Covid-19 no sustenta a la democracia. Como es bien sabido, del miedo se alimentan los autócratas. En la crisis, las personas vuelven a buscar líderes. El húngaro Viktor Orban se beneficia enormemente de ello, declara el estado de emergencia y lo convierte en una situación normal. Ese es el final de la democracia”
4. “Con la pandemia nos dirigimos hacia un régimen de vigilancia biopolítica. No solo nuestras comunicaciones, sino incluso nuestro cuerpo, nuestro estado de salud se convierten en objetos de vigilancia digital. El choque pandémico hará que la biopolítica digital se consolide a nivel mundial, que con su control y su sistema de vigilancia se apodere de nuestro cuerpo, dará lugar a una sociedad disciplinaria biopolítica en la que también se monitorizará constantemente nuestro estado de salud”.
5. “El virus es un espejo, muestra en qué sociedad vivimos. Y vivimos en una sociedad de supervivencia que se basa en última instancia en el miedo a la muerte. Ahora sobrevivir se convertirá en algo absoluto, como si estuviéramos en un estado de guerra permanente. Todas las fuerzas vitales se emplearán para prolongar la vida. En una sociedad de la supervivencia se pierde todo sentido de la buena vida. El placer también se sacrificará al propósito más elevado de la propia salud”.
6. “La pandemia vuelve a hacer visible la muerte, que habíamos suprimido y subcontratado cuidadosamente. La presencia de la muerte en los medios de comunicación está poniendo nerviosa a la gente. La histeria de la supervivencia hace que la sociedad sea tan inhumana. A quien tenemos al lado es un potencial portador del virus y hay que mantenerse a distancia. Los mayores mueren solos en los asilos porque nadie puede visitarles por el riesgo de infección. ¿Esa vida prolongada unos meses es mejor que morir solo? En nuestra histeria por la supervivencia olvidamos por completo lo que es la buena vida”.
7. “Por sobrevivir, sacrificamos voluntariamente todo lo que hace que valga la pena vivir, la sociabilidad, el sentimiento de comunidad y la cercanía. Con la pandemia además se acepta sin cuestionamiento la limitación de los derechos fundamentales, incluso se prohíben los servicios religiosos. Los sacerdotes también practican el distanciamiento social y usan máscaras protectoras. Sacrifican la creencia a la

supervivencia. La caridad se manifiesta mediante el distanciamiento. La virología le resta poder a la teología. Todos escuchan a los virólogos, que tienen soberanía absoluta de interpretación. La narrativa de la resurrección da paso a la ideología de la salud y de supervivencia. Ante el virus, la creencia se convierte en una farsa”.

8. “El pánico ante el virus es exagerado. La edad promedio de quienes mueren en Alemania por Covid-19 es 80 u 81 años y la esperanza media de vida es de 80,5 años. Lo que muestra nuestra reacción de pánico ante el virus es que algo anda mal en nuestra sociedad”.
9. “La Covid-19 probablemente no sea un buen presagio para Europa y Estados Unidos. El virus es una prueba para el sistema. Los países asiáticos, que creen poco en el liberalismo, han asumido con bastante rapidez el control de la pandemia, especialmente en el aspecto de la vigilancia digital y biopolítica, inimaginables para Occidente. Europa y Estados Unidos están tropezando. Ante la pandemia están perdiendo su brillo. El virus no detiene el avance de China. China venderá su estado de vigilancia autocrática como modelo de éxito contra la epidemia. Exhibirá por todo el mundo aún con más orgullo la superioridad de su sistema. La Covid-19 hará que el poder mundial se desplace un poco más hacia Asia. Visto así, el virus marca un cambio de era”.

 Elegir al menos dos de estas definiciones y a partir de ellas formular las secuencias **TESIS** → **porque** → **ARGUMENTO** o **ARGUMENTO** → **entonces** → **TESIS** que sostienen la argumentación en cada caso.

 Oponer una nueva tesis que contradiga cada una de las tesis identificadas en la consigna anterior y elaborar un argumento que la sostenga.

 Escribir un artículo de opinión sobre el tema al que se refieren las tesis y argumentos de las dos consignas anteriores. Además de los argumentos elaborados en las actividades previas, el artículo debe incluir por lo menos un ejemplo con valor argumentativo.

Antes de escribir es conveniente elaborar un plan que defina claramente:

- a. el objeto de la controversia,
- b. la tesis principal sostenida en la argumentación,
- c. las características del enunciador y del destinatario, los argumentos y contrargumentos que se articularán en el texto
- d. el medio en el que se publicará.

-  En los textos que se presentan a continuación, identificar las tesis que se plantean y los argumentos que se proponen para sostenerlas.
-  Elegir uno de los dos artículos y escribir una refutación de sus posiciones. Antes de escribir es conveniente elaborar un plan que contemple las mismas cuestiones consideradas en la consigna anterior.

EDITORIAL

Aprender a estar juntos en soledad durante la pandemia del coronavirus

El cómico Victor Borge dijo una vez que la risa es la distancia más corta entre la gente. Otros sostienen que es la conversación. Los dos aforismos son acertados.

Cuando la crisis del COVID-19 empiece a declinar, probablemente se adviertan muchos cambios en las actitudes y el comportamiento humanos, ciertamente nuestra antipatía hacia los planes de pasar un tiempo sentados en aviones o restaurantes, aulas y estadios abarrotados de gente y, por supuesto, todas nuestras ideas sobre la distancia y las relaciones.

Los grandes emprendimientos de ingeniería de la humanidad –puentes, canales, autopistas, trenes de alta velocidad– a menudo tuvieron como objeto acortar las distancias entre nosotros. El siglo XX, con su producción masiva de automóviles, la invención del transporte aéreo y la revolución e la tecnología, encogieron el mundo más allá de la imaginación de la mayoría de los que habitamos el planeta.

Como observó Robert Kennedy, la frase “en el otro extremo del mundo” ya no tiene el mismo sentido. Hace apenas algunas generaciones, en el ambiente rural lo común era que la gente se pasara la vida viajando no mucho más lejos del mercado del pueblo más próximo, y sólo en raras ocasiones se aventurara hasta la sede del gobierno local. Viajar hasta una ciudad a 100km de distancia era considerado para muchos el viaje más importante de su vida.

De todos modos, la distancia es maleable. Algunas veces puede parecernos que un padre o una madre muertos hace muchos años están siempre a nuestro lado. A veces, los 30 centímetros que separan a los miembros de una pareja disgustada en el lecho matrimonial pueden resultar insalvables. Durante la emergencia del coronavirus, nuestra relación con los otros se ha alterado. Nuestro sentido de la distancia cambió. En algunos casos para peor, en otros para mejor.

Las redes sociales nos han llevado por el camino del estar juntos en soledad. Quizás, el COVID-19 nos está mostrando hacia dónde conduce ese camino. Como dijo la psicóloga Sherry Turkle, las conexiones digitales “ofrecen la ilusión de compañía sin las demandas de la amistad”.

Sin embargo, mientras que el virus anuló la posibilidad de encuentros ocasionales y reuniones planificadas, pareciera que también acrecentó nuestra atención hacia los otros, el tipo de atención que Simone Weil denominó la forma más rara y pura de generosidad.

Después de todo, esta atención “parcial” y la distracción de la vida moderna, esa sensación de que quienes nos rodean está pero no están allí, el sentimiento de estar más conectados con quienes no conocemos que con quienes están más cerca, es lo que se suma al descontento desorientado de estos tiempos.

Quienes están más cerca de nosotros no son siempre nuestros seres más queridos. En las últimas semanas estamos aprendiendo por necesidad que la distancia tiene muchas medidas: espacial, temporal, emocional, cognitiva y más. En este sentido, el uso del término “distanciamiento social” ha sido tanto impreciso como desafortunado.

En los campos de la psicología y la sociología, el distanciamiento social no ha tenido que ver con la proximidad física sino con el rango, el poder, el estatus y otros factores tales como la raza y la fe, que nos seleccionan en grupos que rara vez cruzan sus caminos y sus conciencias.

Fue Emery Bogardus, un profesor de la Universidad del Sur de California, quien en 1924 –en respuesta a una ola de inmigración no-protestante en los Estados Unidos– desarrolló una “Escala de distancia social” que fue usada para medir la disposición de la gente a tomar contacto con miembros de diversos grupos raciales y étnicos, y el grado de calidez, hostilidad e indiferencia entre esos grupos. En este sentido, hay un término más adecuado, que las autoridades y los profesionales de la salud han comenzado a usar recientemente: “distanciamiento físico”.

La reducción de la distancia física ha sido, en cierto modo, lo que ha incrementado las probabilidades de que éste esté lejos de ser el último episodio de transmisión de organismos letales entre animales y humanos. Primero, destruimos la naturaleza, y redujimos el hábitat de las especies con las que compartimos el planeta. Luego, nuestra población creció exponencialmente hasta apretujarnos codo a codo en las áreas urbanas, compartiendo a menudo nuestros espacios con animales. Finalmente, el transporte aéreo ha hecho posible que cualquier virus, después de saltar de un murciélago o un pangolín a un ser humano, viaje por el mundo en apenas unos días.

Se ha dicho que el sufrimiento es nuestro camino hacia la sabiduría pero que obedecemos al dolor. Con el mundo entero sumido en la aflicción, nuestra atención se ha focalizado en las últimas semanas no sólo en un organismo microscópico sino en aquello que tiene sentido y nos da felicidad. Lo que la crisis está enseñándonos es cuánto añoramos la proximidad social y física. Porque nos define en muchos sentidos.

El investigador Michael Bond ha dicho que, en tanto seres sociales, son las situaciones en las que nos encontramos y la gente que nos rodea las que determinan nuestras ideas y conductas mucho más de lo que imaginamos. “En casi todas las áreas de nuestra vida somos guiados por otros. Influyen sobre lo que consumimos, la música que nos gusta, la comida que comemos (y la cantidad), lo que votamos y la forma en la que invertimos nuestro dinero. La presencia de otros puede desviarnos del camino correcto”, dice Bond, “pero su ausencia puede arrojarnos a un lugar mucho peor.”

Y es eso lo que, a la distancia, estamos descubriendo.

The Toronto Star
27 de marzo de 2020
(Traducción de A. Reale)

IDEAS >

Hacia la sociedad de las distancias

Somos animales muy sociales a los que, de repente, una pandemia ha obligado a existir físicamente lejos unos de otros. Sobreviene una sensación abrumadora de aislamiento y vulnerabilidad. La distancia nos fuerza a cuestionarnos quiénes somos y cómo queremos vivir



MAR PADILLA

18 JUL 2020

Como un pensamiento mágico, creemos en la noción de individualidad, de libertad personal, del esfuerzo y determinación. Todo eso está muy bien, pero sin los demás solo somos un andamiaje en el barro. Como un neón que todo lo ilumina, una verdad radical dice: en el código del ser humano está escrita a fuego su condición de animal social. Del grupo de los muy sociables primates, nuestra especie es la campeona de la sociabilidad, y gracias a ese rasgo, junto con el de la inteligencia y la cooperación, cree haberlo conseguido todo.

Hoy, un virus es el que manda y decide sobre nuestro presente y futuro. Esto nos tiene asombrados y perdidos. No sabemos qué pasa ni qué va a pasar. Unos viven estos tiempos con mucho dolor —apenas han podido, siquiera, llorar a sus muertos—; otros se enfrentan a una vulnerabilidad extrema. Algunos viven este momento como una humillación y otros casi agradecen verse forzados a dejar atrás una vida que detestaban. “Estoy contento porque al final no ha habido un apocalipsis zombi”, anunció un niño de tercero de Primaria de un colegio de Barcelona cuando la profesora le preguntó cómo se sentía tras el fin del confinamiento.

Como una sacudida, el virus nos ha despertado de nuestras abstracciones y nos ha arrastrado a contemplar una nueva realidad. En muy poco tiempo son muchas las cosas que han cambiado. Por ejemplo, nosotros, los animales más sociales, tenemos que aprender a vivir con el imperativo de la distancia social y con la posibilidad de volver a quedar confinados. Por eso, ahora, la vida ahí

fuera se nos antoja un espejismo falto de brillo que nos lleva a permanecer más tiempo en casa. Para lo bueno y para lo malo, el hogar es el único espacio donde la espontaneidad y la intimidad siguen vivas.

Entre las aceras y el cielo, nos sentimos hambrientos de los espacios abiertos, pero en el comedor y las habitaciones han aterrizado un sinfín de aplicaciones digitales con las que relacionarnos en la distancia. La noción de muchedumbre empieza a ser un recuerdo, pero en la epidemia nos han salvado los demás.

El amor es lo contrario a la higiene

No nos vamos a engañar. La distancia social ya existía. Los humanos se mueven, se separan y crean grupos a base de reglas, escritas o no. Pero ahora es diferente. Esta distancia social es inédita porque se aplica a todos por igual y porque supone una conmoción que nos afecta personal y socialmente. Ya no podemos hacer lo que solíamos hacer y no sabemos si vamos hacia una nueva sociedad. Caminamos a ciegas. Estamos en proceso de experimentación, aprendiendo a movernos en un escenario donde casi todo está por escribir. Entre el existencialismo y la anécdota, aún no ha desaparecido el miedo al ridículo por saludar con el codo o el pie, y nos reímos ante la reverencia oriental que, medio en broma, nos dedica un vecino. Nos sentimos como astronautas de paisano, anhelando lo cotidiano de los besos con amigos, familia o conocidos. El amor es lo contrario a la higiene, dice la escritora Helena Fitzgerald. De la saliva al sudor, nuestros flujos íntimos se contienen ante el riesgo de contagio. El paisaje de las proximidades, la fuerza del grupo como unidad de resistencia o lucha, ha cambiado.

Al sociólogo Georg Simmel le invitaron en 1903 a dar una conferencia en Dresde (Alemania) acerca de la vida intelectual en la ciudad, pero él decidió disertar sobre lo que verdaderamente le interesaba: el efecto de las grandes urbes en la mente de las personas. De ahí surgió la noción de geometría de la vida social, donde la distancia es un estado mental en el que los grupos se encuentran y se separan. Ahora, el trazo invisible de nuestra geometría es la vida cotidiana. La vida pública ha saltado por los aires y está por dibujarse de nuevo.

Para Bahar Tunçgenç, doctora de la Escuela de Psicología de la Universidad de Nottingham, nos encontramos ante un gran desafío porque la cercanía física es la forma de comunicación más arraigada en los humanos. A partir de ella expresamos nuestra amistad, nuestro amor, nuestra tristeza o frustración. Tunçgenç, que lidera un estudio sobre los efectos de este distanciamiento social en diferentes países, apunta que uno de los primeros efectos de esta medida puede ser la aparición de “burbujas sociales”, grupos que, como archipiélagos humanos, se relacionan socialmente de una forma más limitada, ligera y ágil. De forma natural, cada uno de nosotros está empezando a definir su propia burbuja social, decidiendo con quién mantiene contacto físico y de quién se mantiene alejado, afirma Tunçgenç. Este proceso dibuja un nuevo escenario de interdependencia y cooperación en el que la confianza es fundamental.



Burgplatz, en Düsseldorf, con círculos para mantener la distancia de seguridad SASCHA STEINBACH / EFE

Una nueva textura social

El miedo al contagio del cuerpo físico ha infectado el cuerpo social. La noción de riesgo y amenaza está muy viva, y la textura de nuestra vida social ha cambiado, según Steven Shapin, historiador y sociólogo de la Ciencia de la Universidad de Harvard. Algo paralizados, estamos en la fase del duelo que llora la cercanía física, huérfanos de la calidez de los demás, de esos abrazos o apretones de mano que son el ritual de acceso a los otros. Y es que, en este nuevo contexto, la disciplina del distanciamiento y la responsabilidad social son claves. Pero no resultan sencillas. Ante el virus, los jóvenes se sienten invencibles y los mayores, en cambio, amenazados. Y la distancia es una cortapisa en las dinámicas sociales cotidianas. Hay grupos para los que es imprescindible juntarse para reclamar mejoras laborales, y hay otros para los que es importante celebrar unidos su fiesta popular de cada año. Es necesario, para todos, resistir y, a base de ideas e inventivas, dar nuevas respuestas a estas necesidades sociales. “Ahora mismo estamos aprendiendo a interactuar en la distancia social sin ser demasiado hostiles o irrespetuosos o, al contrario, sin ser demasiado amigables o cercanos”, reflexiona el sociólogo estadounidense, que no duda que este proceso desembocará en nuevas maneras de mantener la cooperación y la sociabilidad más allá de la distancia física. Según Shapin, en este nuevo escenario, la pantalla digital ha venido para quedarse. De momento, en las relaciones personales ya hemos aprendido que la comunicación virtual es de muchísima peor calidad que la real, que es mucho más cansada, y que, ante ello, puedes levantarte de la pantalla, ponerte un café y volver.

Simplicidad, simplicidad, simplicidad

Paradójicamente, la epidemia y sus distancias impuestas han reconectado ese frágil hilo que, como una red invisible, une a los humanos. En general, no se han buscado fantasmas culpables — el extranjero, el marginado, el otro— y pensamos más en los demás. Vuelven viejos hábitos, algunos cálidos como un teléfono de baquelita rojo. La distancia ha impulsado la creación de grupos de apoyo, nos llamamos más porque estamos más interesados en los otros. Queremos oír sus voces, queremos cuidar más, y también queremos sentirnos cuidados.

**El miedo al contagio del cuerpo físico ha infectado al cuerpo social.
La textura de nuestra vida social ha cambiado.**

En la senda que ha abierto la epidemia nos hemos topado también con la noción de frugalidad. Tomar distancias significa también querer comprender desde fuera, reflexionar con espacio por delante. Esta sobrevenida extensión en el tiempo nos ha permitido pararnos a pensar. Y algo importante ha pasado. “¡Simplicidad, simplicidad, simplicidad! Que vuestros asuntos sean dos o tres, y no cien mil”, escribió el filósofo Henry David Thoreau en Walden. La distancia nos obliga a elegir y descartar a quién vemos, y nos aleja de distracciones sociales. Fuerza a cuestionarnos quiénes somos, y a preguntarnos qué podemos y debemos hacer, como Smokey Robinson and the Miracles cantando I just don't know what to do with myself (algo así como “no sé qué hacer conmigo”).

Sin espejo

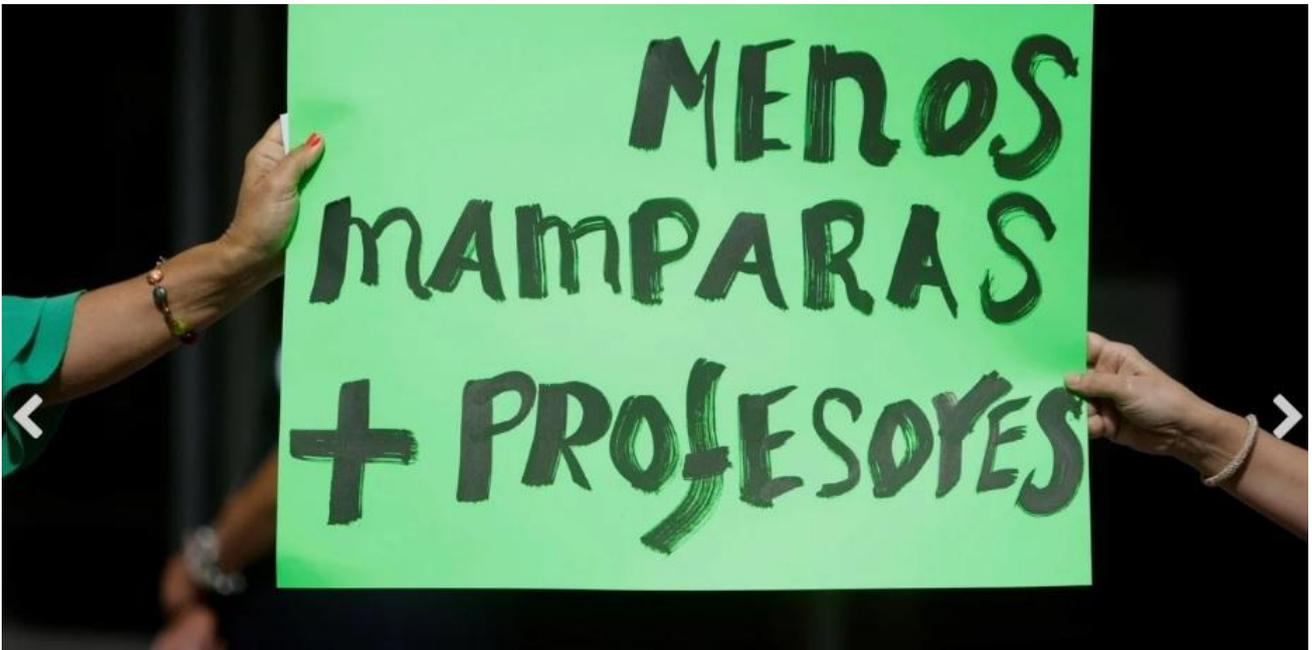
Lo queramos o no, aprendemos sobre nosotros mismos a través de nuestras interacciones con los demás, pero la distancia social nos aleja del reflejo de esa mirada. “Si nos aislamos socialmente, no recibimos retorno, porque no hay interacción. Y no sabemos quiénes somos”, explica Tony P. Love, doctor en Sociología de la universidad de Texas. La forzosa distancia física no debe ser equivalente a distancia social, y nos empuja a iniciar nuevos tipos de relaciones por la vía digital. “La epidemia y la distancia social ha forzado la transición a la interacción tecnológica, de manera que se está normalizando en el terreno personal y social, pero también en el laboral y el educativo”, reflexiona.

Como todo, la explosión digital tiene una cara luminosa y otra mucho más oscura. Puede encerrarnos en nuestras casas y puede agravar la sensación de depresión, angustia y ansiedad en las personas que viven en soledad involuntaria. Nada puede sustituir a las relaciones reales entre seres humanos, y nuestro hábitat es la realidad física. Por último, no hay que dejarse llevar por el miedo. Toca repensar cómo queremos vivir de ahora en adelante, a nivel personal y colectivo. Al fin y al cabo, como dice Morticia Addams, la normalidad no es más que una ilusión, y lo que es normal para una araña es el caos absoluto para una mosca.

✍ Reformular la consigna representada en la imagen siguiente con el formato de una secuencia argumentativa y ampliar el razonamiento que se desprende de ella con al menos tres argumentos más que contribuyan a sostener la tesis propuesta. Con ese material, escribir una carta de lectores dirigida a un medio de circulación nacional, desde una de estas posiciones de enunciación:

- a) un/a educador/a
- b) un/a psicólogo/a
- c) un padre/una madre
- d) un/a estudiante

Indicar el medio al que se enviará la carta.



La organización del discurso: la *dispositio*

De acuerdo con la *dispositio* clásica, cuya función consistía en organizar los materiales elaborados en la etapa de la *inventio*, la estructura del discurso argumentativo consta de cuatro partes principales, gobernadas, a su vez, por dos objetivos básicos: conmover y convencer. Estas cuatro partes son:

- 1) el **exordio**, la apertura del discurso, en la que el orador se presenta e intenta captar la adhesión del auditorio a la vez que introduce en forma resumida la el objeto de discusión;
- 2) la **narratio**, el momento en el que se exponen los hechos relacionados con el tema a tratar,
- 3) la **confirmatio**, en la que se presentan los argumentos que sostienen la posición del orador y
- 4) el **epílogo**, cuyo objetivo es reforzar el acuerdo alcanzado en la fase anterior movilizándolo las emociones del auditorio.

Este orden codificado por la retórica no es ni universal ni necesario. Ya Aristóteles había observado que no hay más que dos partes indispensables en el discurso argumentativo: la enunciación de la tesis que se ha de defender y los medios para probarla. Sin embargo, el orden de presentación de los argumentos es fundamental para construir las condiciones de recepción más favorables para la aceptación de la tesis. En todos los casos, la organización de un discurso argumentativo debe tener en cuenta la situación en que se desarrolla: el destinatario al que se dirige, el objeto del discurso, la posición del enunciador, deben ser considerados en el momento de la elección y presentación de los argumentos.

 **Analizar la organización de las partes del discurso (la *dispositio*) en el texto de Gabriel García Márquez “Botella al mar para el dios de las palabras”**

La puesta en texto: la *elocutio*

Una vez encontrados los argumentos y organizados en las distintas partes del discurso, el orador tiene por delante la tarea de "ponerles palabras". Tradicionalmente, la *elocutio* corresponde al momento de la escritura propiamente dicha del texto argumentativo y en ella se concentran las preocupaciones concernientes a los aspectos estéticos del discurso: la construcción de la frase y la belleza del estilo. Estas cuestiones no son de ningún modo accesorias ni debe entenderse las como meros ornamentos del decir. En efecto, para que una argumentación sea eficaz no solo es importante encontrar argumentos adecuados y convincentes sino que las cualidades estéticas del discurso también contribuyen a lograr la adhesión del auditorio a las tesis del orador.

En el modelo retórico clásico, la *elocutio* abarcaba tanto el conocimiento de la gramática como de ciertos procedimientos o "figuras" tendientes a intensificar la función estética de la palabra argumentativa. Las figuras suelen agruparse, por lo general, atendiendo a distintos tipos de criterios: de **sentido** (metáfora, metonimia y sus formas asociadas); de **dicción** (que concierne la materia fónica de la lengua como la rima, la aliteración, la paronomasia entre otros); de **construcción** (elipsis, repetición) y de **pensamiento** (ironía, oxymoron, paradoja).

Brevísimo repertorio de figuras retóricas

I. Figuras de sentido o "tropos"

Metáfora

El mecanismo metafórico se asienta sobre una operación de sustitución. Un mismo significante, por ejemplo "nieve", puede ser usado para hacer referencia a varios significados distintos según los contextos en los que se emplea. Cuando alguien dice, en medio de una pista de esquí: "Hoy la nieve está perfecta para esquiar", el uso de este signo es puramente denotativo, hace referencia al sentido primario de esta palabra que encontramos en el diccionario. Sin embargo, en el verso "Las nieves del tiempo platearon mi sien" del tango "Volver", la palabra refiere a otra realidad, en este caso, los cabellos que se han vuelto blancos con el paso del tiempo. La sustitución de un sentido por otro es posible gracias a ciertas similitudes percibidas entre los dos objetos (el color blanco de la nieve y las canas, en este caso). A su vez, esta similitud de base evoca otras semejanzas posibles entre las cualidades propias de los objetos vinculados por la relación metafórica: la sensación de frialdad (reforzada por el verbo "platear"), el invierno (a menudo metáfora también de la vejez), etc.

Algunas otras figuras asociadas con la metáfora son la *comparación*, la *alegoría* y la *parábola*. En la *comparación* los dos términos semejantes están presentes en la frase y relacionados a través de nexos o giros ("como", "es parecido/igual/semejante a"): "Las canas se parecen a la nieve".

La *alegoría* es una metáfora expandida. Cuando un presidente o un líder político dice, por ejemplo, en referencia a una situación de crisis social: "Soy un piloto avezado y sabré capear el temporal con mano firme para conducirlos a todos a buen puerto." está desplegando la metáfora crisis/temporal a partir del análisis de varios de sus componentes.

En la *parábola*, la alegoría se extiende hasta alcanzar la dimensión de un relato.

Metonimia

Mientras que en la metáfora el efecto de sentido se produce por la sustitución de un signo por otro que guarda cierta semejanza con él, en la metonimia una o varias cualidades de un signo se proyectan (se desplazan) sobre las de otro.

Por ejemplo, cuando decimos de alguien que “no tiene cabeza” no estamos afirmando que ha sido decapitado sino que carece de juicio o razonamiento. El elemento reemplazado (razonamiento) guarda una relación de contigüidad con el reemplazante (cabeza). Sabemos que la cabeza es la sede del cerebro, órgano responsable de las facultades cognitivas; en la relación metonímica se proyectan las cualidades del objeto evocado (razonamiento) sobre el que efectivamente está presente en el discurso (cabeza) de acuerdo con una lógica de contigüidad: la razón tiene su sede en el cerebro que, a su vez, se encuentra en la cabeza (razón→cerebro→cabeza). La integración de estos términos en una secuencia es la que hace posible la comprensión de la frase no en su sentido literal sino en el “figurado”. Son ejemplos de metonimia: la corona (=el rey), los grilletes (=la esclavitud),

Una figura cuyo mecanismo es comparable con el de la metonimia es la sinécdoque aunque en este caso el desplazamiento se produce entre elementos que conforman un todo y que se relacionan por inclusión (la parte por el todo): el Hombre en lugar de la Humanidad (“El Hombre llegó a la Luna en el siglo XX.”); el “pan” en lugar del “alimento” (“nuestro pan cotidiano”); las “velas” en lugar de los “barcos” (“una armada de cuatrocientas velas”).

II. Figuras de dicción

Las figuras de dicción explotan el material fónico del lenguaje: juegos de palabras, similitudes, paralelismos y repeticiones son los mecanismos principales sobre los que se apoyan las expresiones propias de este grupo. Esta clase de figuras fundan su poder de persuasión no solo en su capacidad para llamar la atención y quedar grabadas en la memoria sino también en el principio que induce a identificar la similitud en el plano del significante con una equivalencia en el plano del significado. Así, por ejemplo, juegos de palabras como el famoso “*Traduttore, tradittore*” en el que se establece una identidad entre el traductor y el traidor, refuerzan su poder de convicción precisamente gracias a esta consonancia.

Algunos procedimientos típicos de este grupo son la **creación de palabras** (“diputrucho”, “yomagate”, “ecololo” –ecologista + cholulo–); la **anfibología** (el “doble sentido”: “*Salió de la cárcel con tanta honra que le acompañaron doscientos cardenales, sino que a ninguno llamaban ‘señoría’ ...*” Quevedo, *Buscón*); la **antanaclasis** (la repetición de una palabra con dos sentidos diferentes: “*El corazón tiene sus razones que la razón desconoce*”, Pascal); la **aliteración** (“*Vine, vi y vencí*”, Julio César), entre otros.

III. Figuras de construcción

Las figuras de construcción se apoyan en la sintaxis y, de manera menos precisa, en la colocación de palabras en el discurso. Algunas operan por sustracción de significantes como la **elipsis** (“*Lo bueno, si breve, dos veces bueno.*”); otras por adición como la **repetición** y otras por permutación como el **quiasmo** (“*Algunos creen que la ciencia es un lujo y que los grandes países gastan en ella porque son ricos. Grave error. No gastan en ella porque son ricos y prósperos, sino que son ricos y prósperos porque gastan en ella.*”, B. Houssay).

IV. Figuras de pensamiento

Lo que caracteriza a las figuras de pensamiento, según la retórica clásica, es el hecho de que no recurren ni a la sustitución, ni a los juegos léxicos, ni a la sintaxis. Entre las más productivas se cuentan la **ironía** (que consiste en significar lo contrario de lo que denotan las palabras empleadas en el discurso); el **oxímoron** (que reúne en una misma frase dos términos de significado opuesto: "proletario mundano", "nieve ardiente") y la **paradoja** (una afirmación autocontradictoria en superficie pero que encierra una verdad: "¡Qué pena que la juventud se desperdicie en los jóvenes!", G. Bernard Shaw).

📖 Señalar en este texto siguiente los pasajes en los que se emplean figuras retóricas y explicar el efecto de sentido que producen.

☰ Secciones 🔍 Clarín Opinión

Debate

De manadas, rebaños y poblaciones humanas

Quizás haya suerte, y la vacuna que otorgue inmunidad frente a la enfermedad provocada por el COVID-19 se desarrolle en un futuro cercano. Pero eso sería solo un primer paso...



Alejandro Winograd

10/07/2020 - 16:34
Clarín.com | Opinión

Quizás haya suerte, y la vacuna que otorgue inmunidad frente a la enfermedad provocada por el COVID-19 se desarrolle en un futuro cercano. Pero eso sería solo un primer paso. Para que esa vacuna contribuya eficazmente al control de la enfermedad, será necesario, además, que se produzcan decenas, centenares, o tal vez miles de millones de dosis, y que esas dosis puedan ser administradas no solo a los grupos que acceden regularmente a algún tipo de atención médica, sino a los centenares de millones de personas que viven en la pobreza extrema.

Sí; sería fantástico que eso fuera posible, pero... ¿qué pasaría si no ocurre? ¿Si el desarrollo de la vacuna tarda más que lo esperado o si el tiempo necesario para que esa vacuna llegue a todos aquellos que la necesitan no se mide en meses sino en años o en lustros?

La búsqueda de una respuesta a este interrogante ha dado pie a una serie de controversias acerca de las ventajas y los riesgos de la inmunidad colectiva, también conocida como "inmunidad de rebaño" o "de manada".

Descrita del modo más simple, la inmunidad colectiva se basa en que, dentro de una población, habrá individuos más y menos sensibles a los efectos de un virus. Y aquellos que sobrevivan a la enfermedad que ese virus provoca, desarrollarán algún tipo de inmunidad que los proteja en el futuro.

Por lo tanto, al cabo de un cierto tiempo los individuos más sensibles habrán muerto, y el resto funcionará como una barrera biológica que impide que la infección se siga propagando.

El problema, tanto en los rebaños de animales domésticos como en las manadas silvestres, es que la proporción de unos y otros depende esencialmente de las características del virus, y si la enfermedad que provoca es grave, puede provocar la muerte de un porcentaje significativo, o para el caso, de toda la población.

Los términos “rebaño” y “manada” son ilustrativos y ayudan a comprender el proceso. Pero como tantas analogías, pueden provocar confusiones. El modo de vida de los rebaños está determinado por las decisiones que toman los pastores, criadores o ganaderos, y el de las manadas, por una combinación entre las características de la especie de que se trate y el ambiente en que viven.

En ambos casos, las posibilidades de modificar ese modo de vida son pocas, y dependen más de aspectos económicos o de la disponibilidad de agua, alimentos u otros recursos que de cualquier consideración, sea sanitaria o de otro tipo.

Los seres humanos, en cambio, tenemos una enorme cantidad de grados de libertad, y con ellos, la capacidad de controlar, al menos en parte, el ritmo de propagación y los efectos de un virus y su capacidad de alcanzar a los grupos más vulnerables.

En una manada o en un rebaño se podría llevar adelante, al menos en teoría, un programa de testeos; pero resulta inconcebible imaginar que, además, hubiera manera de imponer distanciamiento social, uso de máscaras o aislamiento preventivo de algunos individuos.

Los seres humanos, en cambio, podemos hacer todas esas cosas, y al mismo tiempo que las hacemos, podemos evaluar los resultados, identificar los errores y tratar de corregirlos. Y, cada vez que sea necesario, volver a empezar. Lo que no podemos hacer, en cambio, es actuar como si fuéramos un rebaño de verdad; un grupo de individuos cercados que no pueden ni tomar decisiones ni asumir responsabilidades. Y que viven atentos a los ladridos del perro y a las órdenes del pastor.

Alejandro Winograd es biólogo y editor.



Elegir una de estas frases y escribir un texto argumentativo que plantee una reflexión sobre la distancia y en el que se inserte el pre-texto elegido. Indicar la forma en la que se publicará el escrito y el género al que pertenece.

- “El nivel de barbarie de una sociedad se mide por la distancia que intenta poner entre las mujeres y los libros.”

Carlos Ruiz Zafón

- “No hay distancia más grande que el espacio entre dos mentes.”

Enrique Vila-Matas

- “La lectura es un juego secreto de aproximaciones y distancias.”

Sergio Pitol

- “Nunca se va tan lejos como cuando se sabe adónde se va.”

Octavio Paz

- “El tiempo es la distancia más larga entre dos lugares.”

Tennessee Williams

- “Antes las distancias eran mayores porque el espacio se mide por el tiempo.”

Jorge Luis Borges

- “La distancia es una de las formas más bellas de respeto.”

Hervé Guibert

CÓMO FUNCIONA LA MÁQUINA RETÓRICA

Guía para la planificación de un texto argumentativo

SITUACIÓN ARGUMENTATIVA

KAIROS: elegir la ocasión oportuna, el contexto espaciotemporal adecuado
DECORUM: seleccionar el tono adecuado al tema, a la circunstancia y al auditorio

Controversia: sobre un tema legítimo → *¿La distancia social afectará nuestra forma de relacionarnos? ¿Volveremos a nuestros hábitos sociales después de que pase la pandemia?*
Sujeto: legitimidad para tomar la palabra → quiénes y en qué medida están habilitados para opinar.

Auditorio: es necesario conocer sus características, valores, principios → dependerá del ámbito elegido para argumentar: (distinción entre especialistas y no especialistas)

Discurso: elección del género en función del ámbito → carta de lectores, ensayo crítico, etc.

Finalidad: persuadir (orientar la conducta de un destinatario particular), convencer (apelar a la razón de un auditorio universal)

